

# L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum**Non praevalent*

Año LX, número 8 (2.807)

Ciudad del Vaticano

24 de febrero de 2023

## La guerra que hay que detener

ANDREA TORNIELLI

Un año después de la agresión de la Federación Rusa contra Ucrania, más de diecisiete millones de personas del país agredido necesitan ayuda humanitaria, ocho millones son refugiados en el extranjero y seis millones son desplazados internos. Hay más de veinte mil víctimas civiles y unas cien mil militares en ambos frentes. Ante esta insensata destrucción en el corazón de la Europa cristiana, donde combaten soldados que comparten el mismo bautismo, una masacre que lleva a la humanidad hacia la autodestrucción a pasos cada vez más rápidos, no se puede dejar de retomar la dramática pregunta que el Sucesor de Pedro dirigió a la comunidad internacional y a cada uno de nosotros: “¿Se ha hecho todo lo posible para detener la guerra?”. Es difícil responder con un “sí” ante la afasia y la falta de creatividad de la diplomacia y de los organismos internacionales. Difícil responder con un “sí” ante la aceleración de la carrera armamentística y la retórica militarista del pensamiento único que estigmatiza cualquier duda sobre la escalada bélica.

El Papa Francisco ha hecho innumerables llamamientos, gritando, en sintonía con sus predecesores, su sentido “¡No a la guerra!”. Es el mismo “¡Nunca más a la guerra!” que imploró san Pablo VI ante la asamblea de las Naciones Unidas el 4 de octubre de 1965, es ese “¡Nunca más a la guerra!” que gritó -enfermo y desgraciadamente no escuchado- san Juan Pablo II en el Ángelus del 16 de marzo de 2003, para evitar la vergonzosa invasión de Irak, cuyas consecuencias aún son visibles para todos después de la transformación durante muchos años de ese país en el laboratorio de todo el terrorismo fundamentalista.

El llamamiento del Papa Francisco se dirige a “quienes tienen autoridad sobre las naciones, para que se comprometan concretamente a poner fin al conflicto, alcanzar un alto el fuego e iniciar negociaciones de paz”. Porque lo que “se construye sobre escombros nunca será una verdadera victoria”. Y las heridas de odio y resentimiento que ha causado la barbarie de la guerra permanecerán seguramente durante más tiempo que el necesario para reconstruir Ucrania.

Frente a todo esto, el compromiso de quienes ayudan a las víctimas y acogen a los desplazados es un signo concreto de esperanza, que señala el camino de la fraternidad, de la no violencia y de la paz. Hay una sociedad civil que marcha, reza, trabaja e invoca la paz, como la que caminó esta semana Perugia a Asís. Una sociedad civil cuya voz merece más espacio. Hay personas, creyentes o no, que piden al agresor Vladimir Putin que se detenga y a todos los gobiernos -empezando por los de los países más poderosos- que apuesten por la paz y no por la inevitabilidad de un conflicto devastador destinado a marcar cada vez más el futuro de Europa y de toda la humanidad. ¿Estamos haciendo todo lo posible para detener esta guerra?



### No apagar la llama de la misión

MIÉRCOLES DE CENIZA EN EL AVENTINO PARA EL INICIO DE LA CUARESMA EN PÁGINA 3

Motu proprio de Francisco “El Derecho Originario”

### El carácter público eclesial de los bienes de la Sede Apostólica

En virtud de su “destino universal”, los bienes de la Santa Sede tienen una “naturaleza pública eclesial” y deben ser adquiridos y utilizados “en nombre y bajo la autoridad del Romano Pontífice, para la consecución de sus fines institucionales” y, por tanto, “para el bien común y al servicio de la Iglesia”. Así lo afirma el Papa Francisco en la carta apostólica en forma de motu proprio “Derecho Originario”, hecha pública el día 23 de febrero.

El motu proprio “Derecho originario” del Papa Francisco reafirma un principio fundamental relativo a la naturaleza pública de los bienes de la Santa Sede y al papel de las instituciones curiales y entidades relacionadas, no como propietarios o poseedores, sino como sujetos públicos eclesiales. Un principio que quiere ser guía para la acción y que llama a todos a la búsqueda del bien común y a la responsabili-

dad que comporta la administración de los asuntos públicos eclesiales, recordando cuál es la finalidad de los bienes temporales de la Santa Sede, que son bienes públicos de la Iglesia destinados indisolublemente a la consecución de sus fines y no sólo a los de la entidad individual a la que se confían.

El motu proprio, por tanto, no cambia las competencias ni dicta nuevas normas.

Tampoco cambia nada para el patrimonio de las personas jurídicas instrumentales, es decir, las fundaciones y entidades que remiten a la Santa Sede inscritas en la lista del artículo 1 § 1 del Estatuto del Consejo de Economía y con sede en el Estado de la Ciudad del Vaticano, en relación con las cuales, con el reciente motu proprio de 5 de diciembre de 2022, ya se había aclarado que su patrimonio también pertenece a la Santa Sede.

En el Ángelus el nuevo llamamiento del Papa por Siria, Turquía, Ucrania y Nueva Zelanda

# Caridad concreta para no olvidar a quien sufre

Un llamamiento para no olvidar a «quien sufre» y hacer «que nuestra caridad sea atenta» y «concreta» fue lanzado por el Papa Francisco en la plaza de San Pedro al finalizar el Ángelus del 19 de febrero. En particular el Pontífice hizo referencia a Siria y a Turquía, víctimas del terremoto del 6 de febrero, al «querido pueblo ucraniano» martirizado por la guerra y al neozelandés golpeado por un ciclón devastador. Asomándose a medio día desde la ventana del estudio privado del Palacio apostólico vaticano, antes de la oración mariana Francisco ofreció una meditación sobre el Evangelio dominical (Mateo 5, 38-48), en el que Jesús invita a poner la otra mejilla y amar incluso a los enemigos. En práctica se trata, explicó, de «no responder al mal con el mal, a osar en el bien, a arriesgar en el don, aunque recibamos poco o nada a cambio». Porque es con el amor que lentamente se superan las enemistades y sanan las heridas del odio.



Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! Las palabras que Jesús nos dirige en el Evangelio de este domingo son exigentes y parecen paradójicas: nos invita a poner la otra mejilla y amar incluso a los enemigos (cfr. Mt 5,38-48). Para nosotros es normal amar a los que nos aman y ser amigos de quien es nuestro amigo; sin embargo, Jesús nos provoca diciendo: si actuáis de esta manera, «¿qué hacéis de extraordinario?» (v. 47). ¿Qué hacéis de extraordinario? Este es el punto sobre el que me gustaría atraer hoy vuestra atención, sobre este qué hacéis de extraordinario. “Extraordinario” es lo que va más allá de los límites de lo habitual, que supera la praxis habitual y los cálculos normales dictados por la prudencia. En general, nosotros tratamos, en cambio, de tener todo bastante en orden y bajo control, de forma que

corresponda a nuestras expectativas, a nuestra medida: temiendo no recibir la reciprocidad o de exponernos demasiado y después quedar decepcionados, preferimos amar solamente a quien nos ama para evitar las desilusiones, hacer el bien solo a quien es bueno con nosotros, ser generosos solo con quien puede devolvernos un favor; y a quien nos trata mal respondemos con la misma moneda, así estamos en equilibrio. Pero el Señor nos advierte: ¡esto no es suficiente! Nosotros diríamos: ¡esto no es cristiano! Si nos quedamos en lo ordinario, en el balance entre dar y recibir, las cosas no cambian. Si Dios tuviera que seguir esta lógica, ¡no tendríamos esperanza de salvación! Pero, por suerte para nosotros, el amor de Dios siempre es “extraordinario”, va más allá, va más allá de los criterios habituales con los que nosotros humanos vivimos nuestras relaciones.

Dios nos ama mientras somos pecadores, no porque somos buenos o capaces de devolverle algo. Hermanos y hermanas, el amor de Dios es un amor siempre en exceso, siempre más allá de los cálculos, siempre desproporcionado. Y hoy nos pide también a nosotros vivir de esta manera, porque solo así lo testimoniaremos de verdad. Hermanos y hermanas, el Señor nos propone salir de la lógica del provecho y no medir el amor en la balanza de los cálculos y de las conveniencias. Nos invita a no responder al mal con el mal, a osar en el bien, a arriesgar en el don, aunque recibamos poco o nada a cambio. Porque es este amor el que lentamente transforma los conflictos, acorta las distancias, supera las enemistades y sana las heridas del odio. Entonces podemos preguntarnos, cada uno de nosotros: yo, en mi vida, ¿sigo la lógica del provecho o la de la gratuidad, como hace Dios? El amor extraordinario de Cristo no es fácil, pero es posible; es posible porque Él mismo nos ayuda donándonos su Espíritu, su amor sin medida. Recemos a la Virgen, que dando a Dios su “sí” sin cálculos, le ha permitido hacer de ella la obra maestra de su Gracia.

clón devastador. Hermanos y hermanas, no olvidemos a quien sufre y hagamos que nuestra caridad sea atenta, ¡sea una caridad concreta! Dirijo mi saludo a todos vosotros, venidos de Italia y de otros países. Saludo a los peregrinos de Oviedo (España) y a los alumnos de Vila Pouca de Aguiar en Portugal. Saludo también a los grupos de Acción Católica de Rimini y de Saccolongo; a los fieles de Lentiai, Turín y Bolzano; a los chicos de la confirmación de Valvasone y Almenno San Salvatore; a los adolescentes y jóvenes de Tricesimo, Leno, Chiuppano y Fino Mornasco; a los monaguillos de Arcene y a los alumnos de la escuela de San Ambrosio de Milán. Os deseo a todos un feliz domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto.

*Después del Ángelus el Papa lanzó un llamamiento a la caridad concreta hacia quien sufre y saludó a los grupos de fieles presentes.*

Queridos hermanos y hermanas: El amor de Jesús nos pide que nos dejemos tocar por las situaciones de los que son probados. Pienso especialmente en Siria y en Turquía, en las tantísimas víctimas del terremoto, pero también en los dramas cotidianos del querido pueblo ucraniano y de tantos pueblos que sufren a causa de la guerra o por causa de la pobreza, la falta de libertad o de las devastaciones ambientales: tantos pueblos... En este sentido estoy cerca de la población neozelandesa golpeada en los últimos días por un ci-

## Las credenciales de la nueva embajadora de El Salvador

En la mañana del jueves 9 de febrero, el Papa Francisco recibió a su excelencia la señora Julieta Anabella Machuca y Machuca, nueva embajadora de El Salvador, con ocasión de la presentación de las cartas con las que es acreditada ante la Santa Sede. La representante diplomática, nacida el 12 de agosto de 1972, está casada y tiene cuatro hijos. Es licenciada en Economía en la Universidad Centroamericana Jose Simeon Canas (Una); diploma en Relaciones internacionales en la Real Sociedad de Estudios Internacionales en Madrid; diploma en Negociaciones internacionales en la Ecole Nationale d'Administration (Ena) en París; más en Relaciones internacionales y comercio exterior en la Inforem en Madrid; doctorado en Ciencias políticas y sociología en la Universidad Complutense de Madrid. Ha cubierto los siguientes cargos: directora de ventas de la Banca Agrícola Comercial de El Salvador; consejera en la embajada en Países Bajos (1996-1998) y en Bélgica y Luxemburgo (1998-1999); ministra consejera y encargada de asuntos “ad interim” en la misión ante la Unión europea (1999-2005); ministra consejera y a



continuación ministra encargada de asuntos “ad interim” en la embajada de España con acreditación ante el principado de Andorra y el Reino de Marruecos (2006-2019); ministra consejera y a continuación ministra y encargada de asuntos “ad interim” ante la embajada de la Santa Sede y de la Orden de Malta (2019-2023). Las felicitaciones de nuestro periódico lleguen a su excelencia la señora Julieta Anabella Machuca y Machuca, nueva embajadora de El Salvador ante la Santa Sede, en el momento en el que se dispone a cubrir su alto cargo.

### L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

*Uniusque suum Non proculdubio*

Ciudad del Vaticano  
redazione.spagnola.ort@spcva  
www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI  
Director editorial  
ANDREA MONDA  
director

Silvina Pérez  
jefe de la edición

Redacción  
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma  
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE  
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:  
teléfono +39 06 698 45793/45794  
fax +39 06 698 84998  
e-mail: pubblicazioni.photo@spcva  
www.photo@spcva

Suscripción digital anual: 40 euros

Agencia de publicidad:  
Il Sole 24 Ore S.p.A.  
System Comunicazione Pubblicitaria  
Via Monte Rosa, 91, 20149 Milano  
segreteria@redazione.system@ilsole24ore.com

En México: Arquidiócesis primada de México.  
Dirección de Comunicación Social.  
San Juan de Dios, 222-C. Col.  
Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370.  
Del. Tlalpan. México, D.F.;  
teléfono + 52 55 2652 99 55  
fax + 52 55 5318 75 32  
e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana,  
Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú  
teléfono + 51 42 357 82  
fax + 51 431 67 82  
e-mail: editorial@salesianos.edu.pe

En la tarde del 22 de febrero, Miércoles de Ceniza, el Papa Francisco fue al Aventino para la celebración en la forma de las «Estaciones» romanas que marca el día del inicio de la Cuaresma. Primero en la iglesia benedictina de San Anselmo hubo un momento de oración, al que le siguió la procesión penitencial hacia la basílica dominica de Santa Sabina. Aquí el Pontífice presidió la misa con el Rito de bendición y de imposición de las cenizas, pronunciando la homilía que publicamos a continuación.

«Este es el tiempo favorable, este es el día de la salvación» (2 Co 6,2). Con esta expresión, el apóstol Pablo nos ayuda a entrar en el espíritu del tiempo cuaresmal. La Cuaresma ciertamente es el tiempo favorable para volver a lo esencial, para despojarnos de lo que nos pesa, para reconciliarnos con Dios, para reavivar el fuego del Espíritu Santo que habita escondido entre las cenizas de nuestra frágil humanidad. Volver a lo esencial. Es el tiempo de gracia para llevar a cabo lo que el Señor nos ha pedido en el primer versículo de la Palabra que hemos escuchado: «Vuelvan a mí de todo corazón» (Jl 2,12). Volver a lo esencial, que es el Señor.

El rito de la ceniza nos introduce en este camino de regreso, nos invita a volver a lo que realmente somos y a volver a Dios y a los hermanos.

En primer lugar, volver a lo que realmente somos. La ceniza nos recuerda quiénes somos y de dónde venimos, nos recuerda a la verdad fundamental de la vida: sólo el Señor es Dios y nosotros somos obra de sus manos. Esta es nuestra verdad. Nosotros tenemos la vida mientras que Él es la vida. Él es el Creador, mientras nosotros somos frágil arcilla que se moldea en sus manos. Nosotros venimos de la tierra y necesitamos del Cielo, de Él. Con Dios resurgiremos de nuestras cenizas, pero sin Él somos polvo. Y mientras inclinamos la cabeza, con humildad, para recibir las cenizas, traigamos a la memoria del corazón esta verdad: somos del Señor, le pertenecemos. Él, en verdad, «modeló al hombre con arcilla del suelo y sopló en su nariz un aliento de vida» (Gn 2,7), es decir, existimos porque Él ha exhalado el aliento de la vida en nosotros. Y, como Padre tierno y misericordioso, Él también vive la Cuaresma, porque nos desea, nos espera, aguarda nuestro regreso. Y siempre nos anima a no desesperar, incluso cuando

En el Miércoles de Ceniza el Papa en el Aventino para el inicio de la Cuaresma

# Volver a lo esencial



do caemos en el polvo de nuestra fragilidad y de nuestro pecado, porque «Él conoce de qué estamos hechos, sabe muy bien que no somos más que polvo» (Sal 103,14). Escuchémoslo de nuevo: Él sabe muy bien que no somos más que polvo. Dios lo sabe. Nosotros, sin embargo, muchas veces lo olvidamos, pensando que somos autosuficientes, fuertes, invencibles sin Él; usamos maquillaje para creernos mejores de lo que somos. Somos polvo.

La Cuaresma es por tanto el tiempo para que recordemos quién es el Creador y quién la criatura; para proclamar que sólo Dios es el Señor; para desnudarnos de la pretensión de bastarnos a nosotros mismos y del afán de ponernos en el centro, de ser los primeros de la clase, de pensar que sólo con nuestras capacidades podemos ser protagonistas de la vida y transformar el mundo que nos rodea. Este es el tiempo favorable para convertirnos, para cambiar la mirada antes que nada sobre nosotros mismos, para vernos por dentro. Cuántas distracciones y superficialidades nos apartan de lo que es importante. Cuántas veces nos centramos en nuestros deseos o en lo que nos falta, alejándonos del centro del corazón, olvidándonos de abrazar el sentido de nuestro ser en el mundo. La Cuaresma es un tiempo de verdad

para quitarnos las máscaras que llevamos cada día aparentando ser perfectos a los ojos del mundo; para luchar, como nos ha dicho Jesús en el Evangelio, contra la falsedad y la hipocresía. No las de los demás, sino las nuestras; mirarlas a la cara y luchar.



Pero hay también un segundo paso: la ceniza nos invita a volver a Dios y a los hermanos. De hecho, si volvemos a la verdad de lo que somos y nos damos cuenta de que nuestro yo no es autosuficiente, entonces descubrimos que existimos

gracias a las relaciones, tanto la originaria con el Señor como las vitales con los demás. Así, la ceniza que hoy recibimos en la cabeza nos dice que cada presunción de autosuficiencia es falsa y que idolatrar el yo es destructivo y nos encierra en la jaula de la soledad; mirarse al espejo imaginando ser perfectos, imaginando ser el centro del mundo. Nuestra vida, sin embargo, es sobre todo una relación; la hemos recibido de Dios y de nuestros padres, y siempre podemos renovarla y regenerarla gracias al Señor y a aquellos que Él ha puesto junto a nosotros. La Cuaresma es el tiempo favorable para reavivar nuestras relaciones con Dios y con los demás; para abrirnos en el silencio a la oración y a salir del baluarte de nuestro yo cerrado; para romper las cadenas del individualismo y del aislamiento y redescubrir, a través del encuentro y la escucha, quién es el que camina a nuestro lado cada día, y volver a aprender a amarlos como hermano o hermana.

Hermanos y hermanas, ¿cómo

realizar todo esto? Para completar este camino –volver a lo que realmente somos y volver a Dios y a los demás– se nos invita a recorrer tres grandes vías: la limosna, la oración y el ayuno. Son las vías clásicas, no se necesitan novedades en este camino. Lo dijo Jesús y está claro: la limosna, la oración y el ayuno. Y no se trata de ritos exteriores, sino de gestos que deben expresar una renovación del corazón. La limosna no es un gesto rápido para limpiarse la conciencia, para compensar un poco el desequilibrio interior, sino que es un tocar con las propias manos y con las propias lágrimas los sufrimientos de los pobres; la oración no es ritualidad, sino diálogo de verdad y amor con el Padre; y el ayuno no es un simple sacrificio, sino un gesto fuerte para recordarle a nuestro corazón qué es lo que permanece y qué es lo pasajero. Jesús nos hace «una advertencia que conserva también para nosotros su validez saludable: a los gestos exteriores debe corresponder siempre la sinceridad del alma y la coherencia de las obras. En efecto, ¿de qué sirve [...] rasgarse las vestiduras, si el corazón sigue lejos del Señor, es decir, del bien y de la justicia?» (Benedicto XVI, Homilía miércoles de ceniza, 1 marzo 2006). Muchas veces, sin embargo, nuestros gestos y ritos no tocan la vida, no son auténticos, quizás

los hacemos sólo para que los demás nos admiren, para recibir el aplauso, para atribuirnos el crédito. Recordemos que en la vida personal, como en la vida de la Iglesia, lo que cuenta no es lo exterior, los juicios humanos y el aprecio del mundo; sino sólo la mirada de Dios, que lee el amor y la verdad.

Si nos ponemos humildemente bajo su mirada, entonces la limosna, la oración y el ayuno no se quedan en gestos exteriores, sino que expresan quiénes somos verdaderamente: hijos de Dios y hermanos entre nosotros. La limosna, la caridad, manifestará nuestra compasión con quien está necesitado, nos ayudará a volver a los demás; la oración dará voz a nuestro íntimo deseo de encontrar al Padre, haciéndonos volver a Él; el ayuno será una gimnasia espiritual para renunciar con alegría a lo que es superfluo y nos sobrecarga, para ser interiormente más libres y volver a lo que realmente somos. Encuentro con el Padre, libertad interior, compasión.

Queridos hermanos y hermanas, inclinemos la cabeza, recibamos la ceniza, aligeremos el corazón. Pongámonos en camino por medio de la caridad: nos han dado cuarenta días favorables para recordarnos que el mundo no se cierra en los estrechos límites de nuestras necesidades personales y para redescubrir la alegría, no en las cosas que se acumulan, sino en el cuidado de aquellos que se encuentran en la necesidad y en la aflicción. Pongámonos en camino por medio de la oración: se nos otorgan cuarenta días favorables para dar a Dios la primacía de nuestra vida, para volver a dialogar con Él de todo corazón, no en ratos perdidos. Pongámonos en camino por medio del ayuno: se nos ofrecen cuarenta días favorables para reencontrarnos, para frenar la dictadura de las agendas siempre llenas de cosas por hacer; de las pretensiones de un ego cada vez más superficial y engorroso; y de elegir lo que de verdad importa.

Hermanos y hermanas, no desperdiciemos la gracia de este tiempo santo. Fijemos nuestra mirada en el Crucificado y caminemos. Respondamos con generosidad a las llamadas fuertes de la Cuaresma. Y al final del trayecto encontraremos con más alegría al Señor de la vida; lo encontraremos a Él, al único que nos hará resurgir de nuestras cenizas.



## A los participantes en el congreso de los presidentes y referentes de las Comisiones para los laicos

Promovido en el Vaticano del 16 al 18 de febrero por el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida sobre el tema: "Pastores y fieles laicos llamados a caminar juntos"

# Los laicos no son "huéspedes" en la Iglesia, sino corresponsables de su misión

«Los fieles laicos no son 'huéspedes' en la Iglesia, están en su casa, por tanto están llamados a cuidarla. Lo dijo el Papa a los participantes en el congreso de los presidentes y referentes de las Comisiones para los laicos dentro de las Conferencias Episcopales, promovida en el Vaticano del 16 al 18 de febrero por el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida sobre el tema: «Pastores y fieles laicos llamados a caminar juntos». El Pontífice se reunió con ellos el 18 de febrero en el Aula Nueva del Sínodo, al concluir los trabajos. Publicamos, a continuación, el discurso que les ha dirigido.

Queridos hermanos y hermanas, buenos días y bienvenidos.

Agradezco al Card. Farrell y saludo a todos ustedes, responsables de las Comisiones episcopales para el laicado, dirigentes de asociaciones y movimientos eclesiales, oficiales del Dicasterio y demás personas presentes.

Han venido desde sus países para reflexionar sobre la corresponsabilidad —corresponsabilidad— de los pastores y los fieles laicos en la Iglesia. El título del Congreso habla de la «llamada» a «caminar juntos», situando el tema en el contexto más amplio de la sinodalidad. El camino que Dios está indicando a la Iglesia es precisamente el de vivir de manera más intensa y concreta la comunión, y caminar juntos. La invita a superar los modos de obrar autónomos o como las vías paralelas del tren, que nunca se encuentran: el clero separado de los laicos, los consagrados separados del clero y de los fieles, la fe intelectual de algunas élites separada de la fe popular, la Curia romana separada de las Iglesias particulares, los obispos separados de los sacerdotes, los jóvenes separados de los ancianos, los matrimonios y las familias poco implicadas en la vida de las comunidades, los movimientos carismáticos separados de las parroquias, por citar sólo algunos. Esta es la tentación más grave en este momento. Todavía queda mucho camino por recorrer para que la Iglesia viva como un cuerpo, como verdadero Pueblo, unido por la única fe en Cristo Salvador, animado por el mismo Espíritu santificador y orientado a la misma misión de anunciar el amor misericordioso de Dios Padre.

Este último aspecto es decisivo: un Pueblo unido en la misión. Y esta es la intuición que siempre debemos custodiar: la Iglesia es el santo Pueblo fiel de Dios, según lo que afir-

ma Lumen Gentium en los nn. 8 y 12; no populismo ni elitismo, es el santo Pueblo fiel de Dios. Esto no se aprende teóricamente, se entiende viviéndolo. Después se explica, como se puede, pero si no se vive no se sabrá explicar. Un Pueblo unido en la misión. La sinodalidad encuentra su origen y su fin último en la misión, nace de la misión y está orientada a la misión. Pensemos en los orígenes, cuando Jesús envió a los apóstoles y ellos volvieron muy contentos, porque los demonios «huían de ellos»; fue la misión la que dio ese sentido eclesial. De hecho, compartir la misión acerca a los pastores y a los laicos, les da un propósito común, manifiesta la complementariedad de los diversos carismas y, por eso, suscita en todos el deseo de caminar juntos. Lo vemos en Jesús mismo, que desde el comienzo se rodeó de un grupo de discípulos, hombres y mujeres, y vivió con ellos su ministerio público. Pero nunca solo. Y cuando envió a los Doce a anunciar el Reino de Dios, los mandó «de dos en dos». Lo mismo vemos en san Pablo, que siempre evangelizó junto a otros colaboradores, también laicos y parejas de esposos; nunca solo. Y así fue en los momentos de gran renovación e impulso misionero en la historia de la Iglesia. Pastores y fieles laicos juntos. No individuos aislados, sino un Pueblo que evangeliza, el santo Pueblo fiel de Dios.

Sé que también han hablado de la formación de los laicos, indispensable para vivir la corresponsabilidad. También sobre este punto quisiera señalar que la formación tiene que orientarse a la misión; no solamente a las teorías, de otro modo se cae en las ideologías. Y es terrible, es una peste; la ideología en la Iglesia es una peste. Para evitarlo, la formación debe estar orientada a la misión. No ha de ser escolástica, limitada a ideas teóricas, sino también práctica. Esta formación nace de la escucha del Kerygma, se alimenta con la Palabra de Dios y los sacramentos, nos ayuda a crecer en el discernimiento, personal y comunitario, nos involucra inmediatamente en el apostolado y en diversas formas de testimonio, a veces sencillos, que nos llevan a acercarnos a los demás. ¡El apostolado de los laicos es sobre todo testimonio! Testimonio de la propia experiencia, de la propia historia, testimonio de la oración, testimonio del servicio a quienes pasan necesidad, testimonio de la cercanía a los pobres, cercanía a las



personas solas, testimonio de la acogida, sobre todo por parte de las familias. Y es de este modo que se nos forma para la misión: saliendo al encuentro de los demás. Es una formación «sobre el terreno» y, al mismo tiempo, un camino eficaz de crecimiento espiritual.

Desde el comienzo he dicho que «sueño con una Iglesia misionera» (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 27; 32). «Sueño una Iglesia misionera». Y me viene a la mente una imagen del Apocalipsis, cuando Jesús dice: «Yo estoy junto a la puerta y llamo: si alguien [...] me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos» (Ap 3,20). Pero hoy el drama de la Iglesia es que Jesús sigue llamando a la puerta, pero desde el interior, ¡para que lo dejemos salir!

Muchas veces se termina siendo una Iglesia «prisionera», que no deja salir al Señor, que lo tiene como «algo propio», mientras el Señor ha venido para la misión y nos quiere misioneros.

Este horizonte nos da la clave de lectura apropiada para el tema de la corresponsabilidad de los laicos en la Iglesia. De hecho, la exigencia de valorar a los laicos no depende de ninguna novedad teológica, ni tampoco de requerimientos funcionales por la disminución de sacerdotes; mucho menos nace de reivindicaciones de categoría, para conceder una «revancha» a quienes fueron dejados de lado en el pasado. Se basa más bien en una correcta visión de la Iglesia, la Iglesia como Pueblo de Dios, del cual los laicos forman parte con pleno derecho, junto a los ministros ordenados. Los ministros ordenados no son los patronos, sino los servidores; son pastores, no patronos.

Se trata de recuperar una «eclesiología integral», como en los primeros siglos, en la que todo estaba unificado por la pertenencia a Cristo y la comunión sobrenatural con Él y con los hermanos, superando una visión sociológica que distingue clases y rangos sociales y que, en el fondo, se basa en el «poder» asignado a cada categoría. El acento se pone en la unidad y no en la separación, en la distinción. El laico, más que como «no clérigo» o «no religioso», se considera como bautizado, como miembro del Pueblo santo de Dios, que es el sacramento que abre todas las puertas. En el Nuevo Testamento no aparece la palabra «laico»; más bien se habla de «creyentes», de «discípulos», de «hermanos», de los «santos»; términos aplicados a todos, fieles laicos y ministros ordenados, el Pueblo de Dios en camino.

En este único Pueblo de Dios, que es la Iglesia, el elemento fundamental es la pertenencia a Cristo. En los relatos conmovedores de las Actas de los mártires de los primeros siglos, encontramos con frecuencia una sencilla profesión de fe: «Soy cristiano», decían, «y por eso no puedo hacer sacrificios a los ídolos». Lo dice, por ejemplo, Policarpo, obispo de Esmirna; <sup>1</sup> lo dicen Justino y sus otros compañeros, laicos.<sup>2</sup> Estos mártires no dicen



## Laicos dentro de las Conferencias Episcopales

pastores y fieles laicos llamados a caminar juntos”

# La Iglesia, sino misión



la benevolencia divina tienen como hermano a Cristo [...], también tienen por hermanos a los que, constituidos en el sagrado ministerio [...], apacientan a la familia de Dios» (Const. *Lumen Gentium*, 32). Hermanos con Cristo y hermanos con los sacerdotes, hermanos con todos.

Y en esta visión unitaria de la Iglesia, donde somos ante todo cristianos bautizados, los laicos viven en el mundo y al mismo tiempo forman parte del Pueblo fiel de Dios. El Documento de Puebla usó una expresión feliz para decir esto: los laicos son hombres y mujeres «de Iglesia en el corazón del mundo» y hombres y mujeres «del mundo en el corazón de la Iglesia».<sup>3</sup> Es verdad que los laicos están llamados a vivir su misión principalmente en las realidades seculares en las que están inmersos cada día, pero eso no excluye que también tengan las capacidades, los carismas y las competencias para contribuir a la vida de la Iglesia: en la animación litúrgica, en la catequesis y en la formación, en las estructuras de gobierno, en la administración de los bienes, en la programación y puesta en marcha de los planes pastorales, etcétera. Por eso se ha de formar a los pastores, ya desde el tiempo del seminario, para una colaboración cotidiana y ordinaria con los laicos, de manera que vivir la comunión sea para ellos un modo de obrar natural, y no un hecho extraordinario y ocasional. Una de las cosas más feas que le ocurren a un pastor es olvidarse del Pueblo del que vino, la falta de memoria. Se le puede aplicar aquella palabra de la Biblia muchas veces repetida: «Acuérdate»; «acuérdate de dónde te tomaron, del rebaño del que fuiste sacado para volver a servirlo, acuérdate de tus raíces» (cf. 2 Tm, 1). Esta corresponsabilidad vivida entre laicos y pastores permitirá superar las dicotomías, los miedos y la desconfianza mutua. Es momento de que los pastores y los laicos caminen juntos, en cada ámbito de la vida de la Iglesia, en cada lugar del mundo. Los fieles laicos no son «huéspedes» en la Iglesia; se encuentran en su propia casa, por eso están llamados a hacerse cargo de ella. Los laicos, y sobre todo las mujeres, han de ser más valorizados en sus competencias y en sus dones humanos y espirituales para la vida de las parroquias y de las diócesis. Pueden realizar el anuncio del Evangelio con su lenguaje «co-

«soy obispo» o «soy laico» —«soy de la Acción Católica, soy de esa Congregación mariana, soy de los Focolares»—. No, dicen solamente «soy cristiano». También hoy, en un mundo que se seculariza cada vez más, lo que verdaderamente nos distingue como Pueblo de Dios es la fe en Cristo, no el estado de vida considerado en sí mismo. Somos bautizados, cristianos, discípulos de Jesús. Todo el resto es secundario. «Pero, Padre, ¿también un cura?» «Sí, es secundario.» «¿También un obispo?» «Sí, es secundario.» «¿También un cardenal?» «Es secundario.» Nuestra pertenencia común a Cristo nos hace a todos hermanos. El Concilio Vaticano II afirma: «Los laicos, del mismo modo que por



«co-tidiano», comprometiéndose en diversas formas de predicación. Pueden colaborar con los sacerdotes para formar a los niños y a los jóvenes, para ayudar a los novios en la preparación al matrimonio y para acompañar a los esposos en la vida conyugal y familiar. Siempre que se preparen nuevas iniciativas pastorales a todo nivel —local, nacional y universal—, tienen que ser consultados. Hay que darles voz en los consejos pastorales de las Iglesias particulares. Tienen que estar presentes en las oficinas de las diócesis. Pueden ayudar en el acompañamiento espiritual de otros laicos y también ofrecer su aporte en la formación de los seminaristas y los religiosos. Una vez escuché esta pregunta: «Padre, ¿un laico puede ser director espiritual?». ¡Es un carisma laical! Puede ser un cura, pero el carisma no es presbiteral; el acompañamiento espiritual, si el Señor te da la capacidad espiritual de hacerlo, es un carisma laical. Y,

junto con los pastores, han de llevar el testimonio cristiano a los ambientes seculares: el mundo del trabajo, de la cultura, de la política, del arte, de la comunicación social. Podríamos decir: laicos y pastores juntos en la Iglesia, laicos y pastores juntos en el mundo.

Me vienen a la mente las últimas páginas del libro del Cardenal de Lubac, *Méditation sur l'Église*, donde, para decir qué es lo más feo que puede suceder en la Iglesia, dice que la mundanidad espiritual, que se traduce en el clericalismo, «sería infinitamente más desastroso que cualquier mundanidad simplemente moral». Si ustedes tienen tiempo, lean estas últimas tres o cuatro páginas de *Méditation sur l'Église*, de de Lubac. Da a entender, también citando a otros autores, que el clericalismo es lo más feo que pueda ocurrir en la Iglesia, peor incluso que los tiempos de los Papas concubinos. El clericalismo hay que «echarlo fuera». Un cura o un obispo que caen en esta actitud hacen mucho daño a la Iglesia. Pero es una enfermedad que se contagia; peor aún que un cura o un obispo caídos en el clericalismo son los laicos clericalizados. Por favor, son una peste en la Iglesia. Que el laico sea laico.

Queridos hermanos y hermanas, con estas pocas indicaciones quise señalar un ideal, una inspiración que puede ayudarnos en el camino. Quisiera que todos nosotros tuviéramos en el corazón y en la mente esta hermosa visión de la Iglesia: una Iglesia orientada a la misión, donde las fuerzas se unifican y caminamos juntos para evangelizar; una Iglesia donde lo que nos une es nuestro ser cristianos bautizados, nuestra pertenencia a Jesús; una Iglesia donde se vive una verdadera fraternidad entre laicos y pastores, trabajando cada día codo a codo, en todos los ámbitos de la pastoral, porque todos son bautizados. Los exhorto a que sean promotores en sus Iglesias de todo lo que han recibido durante estos días, para continuar juntos la renovación de la Iglesia y su conversión misionera. A todos ustedes y a sus seres queridos los bendigo de corazón, y les pido por favor que recen por mí. Gracias.

<sup>1</sup> Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, IV, 15,1-43.

<sup>2</sup> Cf. *Actas del martirio de los santos Justino y compañeros*, cap. 1-5; PG 6, 1366-1371.

<sup>3</sup> *III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Documento final*, Puebla 1979, n. 786.



El Pontífice a los participantes de un curso formativo jurídico-pastoral de la Rota Romana

# Que las normas, procesos y sanciones no pierdan de vista los derechos de las personas

«Vuestro trabajo se ocupa de las normas, de los procesos y de las sanciones, pero no debe perder nunca de vista los derechos, poniendo en el centro... las personas»: lo subrayó el Papa hablando a los participantes del curso de formación para los trabajadores del derecho titulado «El "Ministerium Iustitiae" en la acción sinodal de la Iglesia», promovido por el Tribunal de la Rota Romana del 14 al 18 de febrero. Francisco les recibió en audiencia el día 18 en la Sala Clementina.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Doy las gracias al Decano por sus palabras; os saludo a todos vosotros: después de lo que dijo él, yo no sé qué decir, porque ha dicho todo y bien: ¡gracias! Esta iniciativa del curso para operadores del derecho canónico y de la pastoral familiar se incluye en el servicio multiforme de la Curia Romana a la misión evangelizadora de la Iglesia, según el espíritu de la Constitución apostólica *Prædicate Evangelium*.

Podemos preguntarnos: ¿en qué sentido un curso de derecho está conectado con la evangelización? Estamos acostumbrados a pensar que el derecho canónico y la misión de difundir la Buena Noticia de Cristo sean dos realidades separadas. Sin embargo, es decisivo descubrir el nexo que les une dentro de la única misión de la Iglesia. Se podría decir esque-

máticamente: ni derecho sin evangelización, ni evangelización sin derecho. De hecho, el núcleo del derecho canónico se refiere a los bienes de la comunión, en primer lugar la Palabra de Dios y los Sacramentos. Cada persona y cada comunidad tiene derecho - tiene derecho - al encuentro con Cristo, y todas las normas y los actos jurídicos tienden a favorecer la autenticidad y la fecundidad de este derecho, es decir de tal encuentro. Por eso la ley suprema es la salvación de las almas, como afirma el último canon del Código de Derecho Canónico (cfr can. 1752). Por tanto, el derecho eclesial aparece íntimamente vinculado a la vida de la Iglesia, como un aspecto suyo necesario, el de la justicia en el conservar y transmitir los bienes salvíficos. En este sentido evangelizar es el empeño jurídico primordial, tanto de los pastores como de todos los fieles. Es lo que marca la diferencia, por ejemplo, entre los sacerdotes, entre un pastor y un clérigo de Estado. El primero, el pastor del pueblo, va para evangelizar y cumple este derecho primario; el clérigo de Estado, una especie de cura de corte, desarrolla una función, pero no satisface el derecho que tienen los pueblos de ser evangelizados.

Queridos operadores del derecho en la Iglesia, probablemente tenéis presentes las pala-



bras que el Papa Benedicto XVI escribió a los seminaristas. Decía así: «Aprended a comprender y -me atrevo a decir- a amar el derecho canónico por su necesidad intrínseca y por su aplicación práctica: una sociedad sin derecho sería una sociedad carente de derechos. El derecho es una condición del amor» (*Carta a los seminaristas*, 18 de octubre 2010, n. 5). Vuestro trabajo se ocupa de las normas, de los procesos y de las sanciones, pero no debe perder nunca de vista los derechos, poniendo en el centro de vuestro trabajo las personas, que son sujetos y "objetos" del derecho. Estos derechos no son pretensiones arbitrarias, sino bienes objetivos, encaminados a la salvación, para reconocer y tutelar, sin olvidar el respeto de los bienes naturales dentro de la comunidad eclesial. Vosotros, como cultores del dere-

cho, tenéis una responsabilidad particular en el hacer resplandecer la verdad de la justicia en la vida de las Iglesias particulares: esta tarea es una gran contribución a la evangelización.

En esta perspectiva estáis llamados a conocer y cumplir fielmente las normas canónicas, teniendo siempre presentes los bienes que están en juego, como es indispensable para interpretar y aplicar con justicia esas normas. La misión del canonista no es un uso positivista de los cánones para buscar soluciones convenientes a problemas jurídicos o para intentar ciertos "equilibrios". Entendido así, su actuación se pondría al servicio del cualquier interés, o trataría de atrapar la vida en rígidos esquemas formalistas y burocráticos que descuidan los verdaderos derechos. No debemos olvidar el

principio más grande, el de la evangelización: la realidad es superior a la idea, lo "concreto" de la vida es siempre superior a lo formal; la realidad es superior a cualquier idea, y esta realidad debe ser servida con el derecho. La grandeza de vuestra tarea emerge de una visión en la que la normativa canónica, sin olvidar la equidad del caso individual, se implementan a través de las virtudes de la prudencia jurídica que discierne el derecho concreto. Llegar del universal al universal concreto y al concreto: esta es una vía de sabiduría judicial. Un juicio o una ayuda judicial no se hacen con equilibrios o desequilibrios, se hacen a través de esta sabiduría. Es necesaria ciencia, es necesaria capacidad de escucha; sobre todo, hermanos y hermanas, es necesaria oración para juzgar bien. De tal manera no se descuidan ni las exigencias comunes de bien común inherentes a las leyes ni las debidas formalidades de los actos, sino que todo se coloca dentro de un verdadero ministerio de justicia.

Oportunamente habéis incluido la administración de la justicia en el contexto de la acción sinodal de la Iglesia. El año pasado hablé de la sinodalidad que es intrínseca al proceso de nulidad matrimonial (cfr *Discurso a la Rota Romana*, 27 de enero 2022). La misma consideración vale también para todos

aquellos que participan al procedimiento para conceder la dispensa del matrimonio ratificado y no consumado. Y el espíritu sinodal debe ser vivido en todas vuestras tareas jurídicas. El caminar juntos, en la escucha recíproca y en la invocación al Espíritu Santo, es condición indispensable para ser trabajadores justos. Manifestación concreta de lo que es la exigencia de pedir consejo, de recurrir al parecer de quien tiene más ciencia y experiencia, con ese deseo humilde y constante de aprender siempre para servir mejor a la Iglesia en este ámbito. Y quien te da el consejo es el Espíritu Santo: debes pedir consejo no solo para una interpretación legal específica, para tener equilibrio; no, pide consejo para recibir la creatividad que el Espíritu Santo, con el don del consejo, te da cada vez que debes emitir un juicio. Esto es importante.

Queridos operadores de la pastoral familiar, me dirijo también a vosotros, y estoy contento por vuestra participación en este Curso. A partir de los dos motu proprio *Mitis Iudex et Mitis et misericors Iesus* fue creciendo la conciencia sobre la interacción entre pastoral familiar y tribunales eclesiales, también vistos en su especificidad como organismos pastorales. Por un lado, una pastoral integral de la familia no puede ignorar las cuestiones jurídicas que conciernen al matrimonio. Basta pensar, por ejemplo, en la tarea de prevenir las nulidades de matrimonio durante la fase previa a la celebración, y también acompañar a las parejas en situaciones de crisis, incluida la orientación hacia los tribunales de la Iglesia cuando sea plausible la existencia de una causal de nulidad, o aconsejar iniciar el procedimiento para la dispensa por inconsumación. Por otro lado, los operadores de los tribunales no pueden olvidar nunca que están tratando cuestiones que tienen una fuerte relevancia pastoral, por lo que las exigencias de verdad, accesibilidad y prudente celeridad deben siempre guiar su trabajo; y no debe pasarse por alto el deber de hacer todo lo posible por la reconciliación entre las partes o la convalidación de su unión, como volví a recordar en el Discurso a la Rota del año pasado. Como dijo san Juan Pablo II, «la verdadera justicia en la Iglesia, animada por la caridad y templada por la equidad, merece siempre el atributo calificativo de pastoral» (*Discurso a la Rota Romana*, 18 de enero 1990, n.4): en medio del rebaño, con el olor del rebaño y buscando el progreso del rebaño.

Son estas, queridos hermanos y hermanas, las consideraciones que os encomiendo, conociendo el espíritu de fidelidad que os anima y el compromiso que ponéis en el dar aplicación plena a las normas de la Iglesia, en la búsqueda del verdadero bien del Pueblo de Dios. Encomiendo a la Virgen, Espejo de la justicia, a cada uno de vosotros, encomiendo vuestro trabajo cotidiano. Os bendigo de corazón; por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias!

Mensaje por el hermanamiento de dos santuarios dedicados a Nuestra Señora de Guadalupe

## Fermento de reconciliación entre Dios y los hombres

Con ocasión de la ceremonia de hermanamiento entre la basílica española del monasterio real, en Extremadura, y la de Tépeyac, en Ciudad de México -ambas dedicadas a Nuestra Señora de Guadalupe- el Pontífice envió un mensaje al arzobispo de Toledo, Francisco Cerro Chaves, que presidió la mañana del 13 de febrero la celebración en el santuario ibérico en presencia del arzobispo de México, el cardenal Carlos Aguiar Retes.

A SU EXCELENCIA REVERENDÍSIMA MONS. FRANCISCO CERRO CHAVES ARZOBISPO DE TOLEDO

Querido hermano:

Con gran gozo desco hacerte llegar mi saludo con motivo del hermanamiento de los dos santuarios dedicados a la Bienaventurada Virgen María, bajo el título de Nuestra Señora de Guadalupe. Te ruego lo hagas extensivo, en primer lugar, a Su Eminencia el cardenal Carlos Aguiar Retes, Arzobispo de México, y, junto a él, a todos los Obispos, sacerdotes, consagrados y fieles que han querido ponerse en este día a los pies de la Santísima Virgen, como un único Pueblo santo de Dios.

María, nuestra Madre, es siempre para su Pueblo vínculo de comunión. Tanto la Escritura como la tradición apostólica nos la muestran convocando a los apóstoles y a la comunidad en torno a Ella, en un clima de oración. Así lo expresa san Lucas en los Hechos de los Apóstoles: «Todos ellos, íntimamente unidos, se dedicaban a la oración, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus



La Virgen de Guadalupe venerada en la homónima basílica del monasterio real de Extremadura

hermanos» (1,14). Esa experiencia fundante de la primera comunidad cristiana trasciende las épocas y los lugares, y la Madre de Jesús, de forma sencilla, nos sigue llamando. Esto se ha expresado en muchos lugares del mundo con la invitación a construir un templo que fuese una casa con las puertas siempre abiertas para todos, una casa de oración y de comunión.

Hoy los convoca el dulce Nombre de María, más precisamente una advocación milenaria que ya en su raíz

etimológica nos habla de mestizaje, de encuentro con Dios y con los hombres. Mestizaje porque los estudiosos no se logran poner de acuerdo si debemos leer el título "Guadalupe" en árabe, en latín o en náhuatl. Pero es curioso que lo que podría plantearse como un conflicto pueda en realidad leerse como un guiño del Espíritu Santo que hace escuchar su mensaje de amor a cada uno en su lengua. Así, en árabe la palabra podría sonar "río oculto", como lo estaba esa fuente de agua viva que Jesús promete a la Samaritana, esa fuerza de la gracia que, incluso en tiempos de rechazo e incompreensión, mantiene viva a la Iglesia (cf. *Jn* 4,10). Como pastores, esta alusión debe ser para nosotros un acicate, buscar siempre en el otro ese río oculto de gracia, ese Amor de Dios que lo hace un tesoro inestimable. Todo cambiaría si, como la Virgen, pudiésemos ver en el otro ese secreto oculto, cuántos fracasos y conflictos evitaríamos.

Sin embargo, mezclándose con el latín, la palabra nos hablaría de un "río de lobos" y, en ese sentido, de un remanso de paz para aquellos que están atribulados por sus propios pecados, por la violencia, por tantas guerras internas y externas que hacen del hombre un lobo para el hombre. Es el mismo río oculto de la gracia que en el diálogo con Jesús nos muestra nuestra realidad (v. 29), abriéndonos a la esperanza. Como a san Francisco, en su famoso encuentro con el lobo, otra vez la Virgen María nos interpela para ser fermento de comunión y reconcilia-

ción entre Dios y los hombres, alentando a tantos fieles que se acercan al santuario con este fin. Finalmente, combinándose con la raíz mexicana, nuestra Señora de Guadalupe se proclama como la que vence a la serpiente, con una tocante evocación al protoevangelio del Génesis. La Inmaculada es así la verdadera madre de todos los que viven; de los que han sido convocados hoy en este santuario, junto a sus pastores, para proclamar su fe en el Hijo de Dios, en Aquél que, haciendo nuevas todas las cosas, ha reconciliado consigo el mundo. Los animo a hacer brotar en los corazones de los hombres y mujeres de nuestro tiempo ese río de agua viva que salta hasta el cielo, para dar a Dios un culto en Espíritu y Verdad (cf. vv. 14, 23).

Queridos hermanos y hermanas: En cada momento histórico, en cada cultura, el Evangelio, permaneciendo siempre el mismo, se enriquece de significado. Lejos de descartar, incluye a cada persona que lo acoge. Pidamos a Dios que, en cada tiempo y lugar donde María nuestra Madre nos convoque, demos testimonio de esa íntima unión de la que sólo el Espíritu puede ser artífice.

Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Y, por favor, les pido que recen por mí.

Fraternalmente,

Roma, San Juan de Letrán,  
11 de febrero de 2023

FRANCISCO

Las palabras dirigidas a la Fundación Ente del Espectáculo

# El cine es una obra evangélica y poética

En la mañana del lunes 20 de febrero, el Papa Francisco recibió en audiencia a los miembros de la Fundación Ente del Espectáculo en la Sala Clementina. Tras pronunciar el discurso preparado para la ocasión, el Pontífice se dirigió a los presentes con unas palabras improvisadas. Publicamos, a continuación, sus palabras.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Agradezco al Presidente, Don Davide Milani, sus palabras, y os saludo a todos vosotros, con quienes me complace celebrar el 75 aniversario de la Fundación Ente del espectáculo. De las cosas que he escrito aquí, muchas las ha dicho él, y creo que lo mejor es entregarle el texto para que lo dé a conocer.

Me gusta el trabajo que hacéis, el trabajo del cine, el trabajo del arte, el trabajo de la belleza como gran expresión de Dios, que siempre se ha dejado de lado, o al menos en un rincón. Los libros de teología hablan mucho del verum, de la verdad; hablan del bonum; de la belleza, no tanto: la belleza es como la "ancilla". Parecía que reflexión sobre la belleza no tenía nada que ver con la reflexión teológico-pastoral. Esa belleza que nos salvará, como decía alguien; esa belleza que es armonía, obra del Espíritu Santo.

Cuando vemos —y sigo con esto— la obra del Espíritu, que es hacer armonía en las dife-

rencias, no aniquilar las diferencias, no uniformizar las diferencias, sino armonizar, entonces entendemos lo que es la belleza.

La belleza es esa obra del Espíritu Santo que hace armonía de todo: de los contrarios, de los opuestos, de todo.... Pensemos —esto me dice mucho— en la mañana de Pentecostés, cuando se crea todo ese alboroto, todo el mundo habla, nadie entiende lo que pasa, un gran desorden... Es el Espíritu quien hace una armonía de todo esto: todo es diferente, todo parece contradictorio, pero la armonía es superior a todo.

Y vuestro trabajo va por el camino de la armonía.

Y luego, si queremos calificar las grandes obras del cine, podemos decir que una buena razón son los actores, sí, pero sólo las obras que han conseguido expresar la armonía, ya sea en la alegría o en la tristeza, la armonía humana, son las que pasan a la historia. Por eso os agradezco vuestro trabajo.

Es una obra evangélica. También es una obra poética, porque el cine es poesía: dar vida es poético. Y os agradezco mucho vuestro viaje: adelante, adelante, detrás de los grandes. Vosotros, como italianos, tenéis una historia gloriosa en esto, una historia gloriosa. Seguid adelante.

Gracias.

## El discurso pronunciado

No hay fe sin estupor

Publicamos, a continuación, el texto del discurso entregado.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Agradezco al Presidente, Don Davide Milani, sus palabras y os saludo a todos, con quienes me complace celebrar los 75 años de la Fundación Ente del Espectáculo.

En Italia, el mundo católico ha dado lugar a una multiplicidad de experiencias relacionadas con la comunicación social y, en particular, con el cine. La Acción Católica, a partir de las primeras décadas del siglo pasado, estableció centros de compromiso en los campos de la radio, el teatro, el cine y, más tarde, la televisión. Fueron años en los que el Magisterio de los Papas se ocupó también del impacto del nuevo arte cinematográfico en las personas y en la sociedad. Fue precisamente un Papa milanés, Pío XI, quien indicó la necesidad de crear "una oficina nacional permanente de evaluación, con el fin de promover las buenas películas, clasificar todas las demás y transmitir sus juicios a los sacerdotes y a los fieles" (*Vigilanti Cura*, 1936), oficina que hoy es la Comisión Nacio-

nal de Evaluación Cinematográfica de la Conferencia Episcopal Italiana. Del compromiso de parroquias y oratorios nacieron las Salas Comunitarias, que conocí en diciembre de 2019, con motivo de su 70 aniversario. Pienso, entonces, en la gran temporada de los cinefóruns —recuer-

película, donde Dios aparece a la vez como autor y espectador. Comienza a componer su obra disponiéndolo todo: el cielo, la tierra, las estrellas, los seres vivos y, finalmente, el hombre. Es una historia de implicación, belleza y pasión: de amor. Pero al final de su acción creadora, Dios realiza un

rectores, actores, mujeres y hombres que trabajáis en el cine, podemos encontrar también el sentido de vuestro trabajo cultural. Por un lado está la acción creativa, por otro la contemplación y la evaluación. Me parece que podéis reflejaros en este maravilloso fresco bíblico, que ha fascina-



do también los de los jesuitas— y, hoy, en los centros de investigación de las universidades.

En este marco tan rico en iniciativas y asociaciones, encaja también la actividad de vuestra Fundación. Pensando en vosotros, me ha venido a la mente la primera página de la Biblia, el relato de la creación. Lo vemos fluir casi como una

gesto sorprendente: se convierte en espectador de su obra, contempla lo que ha realizado y expresa su juicio: "vio que era bueno" (*Gn 1,12.18.24*). Pero para el hombre, hecho a su imagen y semejanza (cf. v. 26), la "revisión" es aún más apasionante: "Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno" (v. 31). En esta página sagrada, queridos amigos, di-

do a tantos artistas y no deja de asombrar y estimular la imaginación y la reflexión. Se podrían hacer muchas sugerencias. Yo elijo una, la del asombro.

Parece que Dios mismo siente asombro, maravilla ante la belleza de las criaturas, especialmente cuando contempla al ser humano. Quisiera decirlos: partamos de aquí, del arte como asombro, en primer lugar para quien lo hace, para el artista. Pienso en esa obra maestra que es Andrej Rublëv, de Tarkovski: el artista se queda mudo por el trauma de la guerra. Hace pensar en lo que ocurre hoy en el mundo. Rublëv ya no pinta, ni siquiera habla. Vaga perdido en busca de sentido, hasta que asiste a la fundición de una campana.

Y al primer toque de esa gran campana, su corazón se abre de nuevo, su lengua se suelta, empieza a hablar de nuevo y empieza a pintar de nuevo. Y la pantalla se llena de los colores de sus iconos. El sonido de la campana, que sale de la tierra y del bronce, como por milagro, llena de asombro el alma del artista y en cierto modo percibe en ella la voz de Dios, que le susurra: "Ábrete". Como dijo Jesús en el Evangelio: "Effata" (*Mc 7,34*).

Queridos amigos, el mundo, turbado por la guerra y por tantos males, necesita signos, obras que susciten asombro, que dejen traslucir la maravilla de Dios, que no cesa de amar a sus criaturas y de maravillarse ante su belleza. En un mundo cada vez más artificial, donde el hombre se ha rodeado de las obras de sus propias manos, el gran riesgo es el de perder el asombro. Comparto con vosotros esta reflexión y, confiándoos la tarea de despertar el asombro, quiero agradecer lo que hacéis en un aspecto esencial de la evangelización, porque no hay fe sin asombro.

Gracias, pues, queridos amigos, y ¡buen trabajo! Pido al Espíritu Santo que os acompañe siempre con sus dones. De corazón, os bendigo y os pido, por favor, que recéis por mí.

## Monjas en Ucrania: elegir la vida en medio de la guerra

SVITLANA DUKHOVYCH

"El componente espiritual de cada persona es muy sensible. Obviamente, en una guerra hay tantas experiencias interiores diferentes, tantas emociones y sentimientos encontrados, que a veces, sobre todo al principio de la guerra, era difícil incluso rezar", confiesa la hermana Theodora Shulak, de Ucrania, elegida Superiora General de las Hermanas Misioneras del Santísimo Redentor en octubre del año pasado. Esta congregación femenina trabaja en Ucrania desde 1998. La provincia ucraniana tiene cinco comunidades con 26 religiosas. Ayudan a los Padres Redentoristas en las parroquias, trabajando con jóvenes y niños, dando catequesis, organizando campamentos de verano, peregrinaciones y retiros.

La guerra ha puesto a prueba la vida de estas religiosas, todas menores de 50 años. "Nos parecía —continúa la hermana Theodora— que estábamos abandonadas a nosotras mismas con nuestros sentimientos de miedo, rabia y dolor. A veces nos asustaba la sensación de que el odio pudiera haberse colado en nuestros corazones. A veces experimentaba casi una especie de escisión: por un lado, durante la oración comunitaria, daba gracias y alababa a Dios, y por otro, de vuelta en mi habitación, experimentaba los sentimientos más contradictorios que no podía gestionar. Un día me di cuenta de que esta separación no era cristiana y no tenía nada que ver con nuestro Dios: Jesús resucitó de las heridas, Él sabe lo que significa soportar estas heridas y experimentar el dolor hasta el punto de la muerte. Me di cuenta de que sólo en Él y junto a Él puedo sobrevivir a esta tragedia".

Este camino interior llevó a la monja a confiar a Dios todas sus emociones y sen-



timientos dolorosos, confiándole su oración, que dirigió a Dios entre lágrimas: "¡Señor, te pertenezco! —rezaba casi gritando— Tú nos has creado para la vida y nos persigue la muerte. Nos has llamado a ser una esperanza viva para tantos otros, y nosotras mismas estamos cubiertas por la sombra de la muerte y el miedo".

La experiencia de vida interior enseñó a la misionera a permanecer en silencio tras la oración para dar tiempo a Dios a responder a su petición. "Le dije: 'Esperaré el tiempo que haga falta, pero no me dejes sola en todo lo que estoy viviendo'", recuerda.

La guerra exige un discernimiento continuo, no sólo para la vida interior, sino también para el trabajo pastoral. Sor Theodora, que fue Superiora Provincial de las Hermanas Redentoristas en Ucrania desde 2013 hasta octubre de 2022, cuenta que, tras el inicio de la invasión rusa, se vieron replanteando sus activida-

des para servir mejor a la Iglesia y a la gente en la nueva situación. Ya en marzo, una docena de monjas alemanas y/o anglofonas salieron al extranjero (Alemania, Austria, Irlanda) para echar una mano a los centros católicos que habían acogido a refugiados ucranianos. Durante más de seis meses, ayudaron a sus compatriotas a rellenar documentos, visitaron a los enfermos y heridos en los hospitales y asistieron a los hijos de los refugiados en las escuelas locales.

Otro ámbito de su servicio es la asistencia psicológica a las víctimas de la guerra. Varias hermanas, que habían obtenido especializaciones en psicología y psicoterapia, decidieron seguir cursos específicos para ayudar a las personas a superar el duelo y los traumas. "En algunos de nuestros conventos", explica la misionera, "también hemos acogido a refugiados y entre ellos había una familia musulmana tártara. Mientras se alojaban con las monjas, también nació su bebé. Y enton-

ces escribieron un post muy conmovedor en Facebook sobre el hecho de que nunca pensaron que vivirían tan de cerca esta relación entre cristianos y musulmanes". Desde hace diez años, las Hermanas Misioneras del Santísimo Redentor también tienen una comunidad en Chernihiv, capital de la región del mismo nombre, en el norte de Ucrania. En los primeros meses de la guerra, las hermanas no tuvieron ninguna posibilidad de continuar su misión en Chernihiv. Se vieron obligadas a abandonar la ciudad rodeada y bombardeada por los soldados rusos. Cuando regresaron en abril, encontraron la devastación. La hermana Theodora, también especialista en psicoterapia, acudió allí. "Fuimos a visitar a la gente en los lugares más afectados", cuenta. "La gente había perdido a sus seres queridos, sus casas, todo. A través del diálogo y la escucha, pudimos ayudarles a superar algunas de sus depresiones o ataques de pánico. Son personas que realmente necesitan saber que alguien está cerca de ellos, alguien capaz de aportarles esperanza y fe cuando flaquean".

Añade que aunque la rabia es una reacción natural ante la injusticia y el sufrimiento vividos, es importante que no se convierta en la emoción predominante y que la gente sepa elegir la vida incluso en los pequeños gestos. Como una señora que conoció en Chernihiv, que plantó un maravilloso huerto alrededor de su casa, completamente destruida por los bombardeos. "Yo —le dijo la señora a la joven religiosa— me fijo en las cosas más pequeñas de la vida. Mira esta pequeña planta que acaba de brotar de la tierra: crecerá y vivirá". La Hermana Theodora dice que esto fue para ella un testimonio de lo que significa elegir la vida.

#Sistersproject

En la audiencia general el Papa prosigue las reflexiones sobre el celo apostólico y habla del rol del Espíritu Santo

# El Evangelio no es una ideología sino un anuncio que cambia el corazón

«Un anuncio que toca el corazón y te cambia el corazón»: esto es el Evangelio, no «una ideología ya sea de derechas, ya sea de izquierdas, o de centro» ni tampoco «un partido político» o «un club de gente». Lo subrayó el Papa Francisco en la audiencia general de la mañana del 22 de febrero, miércoles de ceniza. Prosiguiendo el ciclo de catequesis sobre la pasión de evangelizar, el Pontífice se detuvo en el protagonista del anuncio, el Espíritu Santo. A continuación la reflexión propuesta para los fieles presentes en el Aula Pablo VI y a los que le seguían a través de los medios.



Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

En nuestro itinerario de catequesis sobre la pasión de evangelizar reflexionamos hoy sobre las palabras de Jesús que acabamos de escuchar: «Id, pues, y hacéis discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Santo Espíritu» (Mt 28, 19). Id —dice el Resucitado—, no a adocinar, no a hacer proselitismo, no, sino a hacer discípulos, es decir, a dar a todos la oportunidad de entrar en contacto con Jesús, de conocerlo y amarlo libremente. Id bautizando: bautizar significa sumergir y, por tanto, antes de indicar una acción litúrgica, expresa una acción vital: sumergir la propia vida en el Padre, en el Hijo, en el Espíritu Santo; experimentar cada día la alegría de la presencia de Dios que está cerca de nosotros como Padre, como Hermano, como Espíritu que actúa en nosotros, en nuestro propio espíritu. Bautizar es sumergirse en la Trinidad.

Cuando Jesús dice a sus discípulos —y también a nosotros—: «¡Id!», no comunica sólo una palabra. No. Comunica también el Espíritu Santo, porque es sólo gracias a Él, al Espíritu Santo, que se puede recibir la misión de Cristo y llevarla adelante (cf. Jn 20, 21-22). Los Apóstoles, en efecto, permanecen encerrados en el Cenáculo por miedo hasta que llega el día de Pentecostés y desciende sobre ellos el Espíritu Santo (cf. Hch 2, 1-13). Y en ese momento desaparece el miedo y con su fuerza esos pescadores, en su mayoría analfabetos, cambiarán el mundo. «Pero si no saben hablar...». Pero es la palabra del Espíritu, la fuerza del Espíritu que les lleva adelante para cambiar el mundo. El anuncio del Evangelio, por tanto, se realiza sólo en la fuerza del Espíritu, que precede a los misioneros y prepara los corazones: Él es «el motor de la evangelización».

Lo descubrimos en los Hechos de los Apóstoles, donde en cada página se ve que el protagonista del anuncio no es Pedro, Pablo, Esteban o Felipe, sino el Espíritu Santo. También en los Hechos se relata un momento neurálgico de los inicios de la Iglesia, que también nos puede decir mucho a nosotros. Entonces, como hoy, junto a las consolaciones no faltaron las tribulaciones —momentos buenos y momentos no tan buenos—, las alegrías se acompañaban de las preocupaciones, ambas cosas. Una en particular: cómo comportarse con los paganos que se acercaban a la fe, con los que no pertenecían al pueblo judío, por ejemplo. ¿Estaban o no obligados a observar las prescripciones de la Ley mosaica?

No era un asunto menor para aquella gente. Se forman así dos grupos, entre los que creían que la observancia de la Ley era irrenunciable y los que no. Para discernir, los Apóstoles se reúnen en lo que se llama el «concilio de Jerusalén», el primero de la historia. ¿Cómo resolver el dilema? Se podría haber buscado un buen acuerdo entre tradición e innovación: algunas normas se observan y otras se ignoran. Sin embargo, los Apóstoles no siguen esta sabiduría humana para buscar un equilibrio diplomático entre una y otra, no siguen esto, sino que se adaptan a la obra del Espíritu que les había anticipado, descendiendo tanto sobre los paganos como sobre ellos.

Y por eso, quitando casi toda obligación ligada a la Ley, comunican las decisiones finales, tomadas —y escriben así—: «El Espíritu Santo y nosotros» (cf. Hch 15, 28), hemos decidido, el Espíritu Santo con nosotros, así actúan siempre los Apóstoles. Juntos, sin dividirse, a pesar de tener sensibilidades y opiniones diferentes, escuchan al Espíritu. Y Él enseña una cosa, que también es válida hoy: toda tradición religiosa es útil si facilita el encuentro con Jesús, toda tradición religiosa es útil si facilita el encuen-

tro con Jesús. Podríamos decir que la histórica decisión del primer Concilio, de la que también nosotros nos beneficiamos, estuvo movida por un principio, el principio del anuncio: en la Iglesia todo debe ser conforme a las exigencias del anuncio del Evangelio; no a las opiniones de los conservadores o los progresistas, sino al hecho de que Jesús llegue a la vida de las personas. Por tanto, toda opción, todo uso, toda estructura, toda tradición debe ser evaluada en la medida en que favorezca el anuncio de Cristo. Cuando se encuentran decisiones en la Iglesia, por ejemplo, divisiones ideológicas: «Yo soy conservador porque... yo soy progresista porque...». ¿Pero dónde está el Espíritu Santo? Estad atentos que el Evangelio no es una idea, el Evangelio no es una ideología: el Evangelio es un anuncio que toca el corazón y te cambia el corazón, pero si tú te refugias en una idea, en una ideología ya sea de derechas, ya sea de izquierdas, o de centro, tú estás haciendo del Evangelio un partido político, una ideología, un club de gente. El Evangelio siempre te da esta libertad del Espíritu que actúa en ti y te lleva adelante. Y qué necesario es hoy tomar de la mano la libertad del Evangelio y dejarse llevar ade-

lante por el Espíritu.

Así el Espíritu ilumina el camino de la Iglesia, siempre. En efecto, no es sólo la luz de los corazones, es la luz que orienta a la Iglesia: esclarece, ayuda a distinguir, ayuda a discernir. Por eso es necesario invocarlo a menudo; hagámoslo también hoy, al comienzo de la Cuaresma. Porque como Iglesia podemos tener tiempos y espacios bien definidos, comunidades, institutos y movimientos bien organizados, pero sin el Espíritu todo queda sin alma. La organización no basta: es el Espíritu que da vida a la Iglesia. Si la Iglesia no le reza y no le invoca, se encierra en sí misma, en debates estériles y agotadores, en fatigosas polarizaciones, mientras se apaga la llama de la misión. Es muy triste ver a la Iglesia como si fuera un parlamento; no, la Iglesia es otra cosa. La Iglesia es la comunidad de hombres y mujeres que creen y anuncian a Jesucristo, pero movidos por el Espíritu Santo, no por las propias razones. Sí, se usa la razón, pero viene el Espíritu a iluminarla y a moverla. El Espíritu nos hace salir, nos empuja a anunciar la fe para confirmarnos en la fe, nos empuja a ir en misión para encontrar quién somos. Por eso el apóstol Pablo recomienda: «No extingáis el Espíritu» (1 Tes 5, 19), no extingáis el Espíritu. Recemos a menudo al Espíritu, invoquémoslo, pidámosle cada día que encienda en nosotros su luz. Hagámoslo antes de cada encuentro, para convertirnos en apóstoles de Jesús con las personas que encontramos. No extingáis el Espíritu en las comunidades cristianas y tampoco dentro de cada uno de nosotros.

Queridos hermanos y hermanas, partimos y volvemos a partir, como Iglesia, desde el Espíritu

Santo. «Sin duda es importante que en nuestras programaciones pastorales partamos de encuestas sociológicas, de análisis, de la lista de las dificultades, de la lista de expectativas y quejas. Sin embargo, es mucho más importante partir de las experiencias del Espíritu: este es el verdadero punto de partida. Y por eso es necesario buscarlas, enumerarlas, estudiarlas, interpretarlas.

Es un principio fundamental que, en la vida espiritual, se llama primado de la consolación sobre la desolación. Primero está el Espíritu que consuela, reanima, ilumina, mueve; después vendrá también la desolación, el sufrimiento, la oscuridad, pero el principio para regularse en la oscuridad es la luz del Espíritu» (C.M. Martini, *Evangelizar en la consolación del Espíritu*, 25 de septiembre 1997). Este es el principio para regularse en las cosas que no se entienden, en las confusiones, también en tantas oscuridades, es importante. Tratemos de preguntarnos si nos abrimos a esta luz, si le damos espacio: ¿yo invoco al Espíritu? Cada uno se responda dentro. ¿Cuántos de nosotros rezamos al Espíritu? «No, padre, yo rezo a la Virgen, rezo a los santos, rezo a Jesús, pero a veces, rezo el Padre Nuestro, rezo al Padre» — «¿Y al Espíritu? ¿Tú no rezas al Espíritu, que es lo que te hace mover el corazón, que te lleva adelante, te lleva la consolación, te lleva adelante las ganas de evangelizar y de hacer misión? Os dejo esta pregunta: ¿Yo rezo al Espíritu Santo? ¿Me dejo orientar por Él, que me invita a no cerrarme sino a llevar a Jesús, a testimoniar el primado de la consolación de Dios sobre la desolación del mundo? Que la Virgen, que ha entendido bien esto, nos ayude a entenderlo.

Al finalizar la catequesis el Papa saludó a los grupos presentes en el Aula Pablo VI, recordando que en dos días se cumplía el primer aniversario de la invasión de Ucrania y apeló a las autoridades internacionales «para que se comprometan de forma concreta en poner fin al conflicto, alcanzar el alto el fuego e iniciar negociaciones de paz». La audiencia general concluyó con el canto del *Pater Noster* y la bendición.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Hoy, miércoles de ceniza, comenzamos la cuaresma.

En este tiempo de gracia, invoquemos con frecuencia al Espíritu Santo, para que nos ilumine y nos ayude a dar testimonio de la primacía de Dios en nuestra vida; Dios que nos ama y nos consuela, venciendo toda desolación. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide. Muchas gracias.

Queridos hermanos y hermanas:

Pasado mañana, 24 de febrero, se cumplirá un año de la invasión de Ucrania, del inicio de esta guerra absurda y cruel. ¡Un aniversario triste! El balance de muertos, heridos, refugiados y desplazados, destrucciones, daños económicos y sociales habla por sí solo. ¿Podrá el Señor perdonar tantos crímenes y tanta violencia? Él es el Dios de la paz. Permanezcamos cercanos al martirizado pueblo ucraniano, que sigue sufriendo.

Y preguntémosnos: ¿se ha hecho todo lo posible para detener la guerra? Hago un llamamiento a los que tienen autoridad sobre las naciones, para que se comprometan de forma concreta en poner fin al conflicto, alcanzar el alto el fuego e iniciar negociaciones de paz. ¡No será nunca una verdadera victoria la que se construye sobre los escombros!

A un grupo de empresarios mexicanos el Papa recuerda que el capital más importante es el espiritual

## Guerras e individualismo minan el sentido del ser familia

«Las guerras causan estragos... provocando sufrimiento y pobreza. Y esto nos hace perder el sentido de ser familia, de respetarnos y tolerarnos aún con nuestras diferencias y dificultades». Lo subrayó el Pontífice a un grupo de empresarios procedentes de México, recibidos en audiencia la mañana del viernes 17 en la Sala Clementina.

Queridos hermanos y hermanas:

Los saludo y agradezco al señor Eduardo Pisa, delegado de la Arquidiócesis de México para la administración de los bienes eclesiales, las palabras que me ha dirigido. Me da mucho gusto poder encontrarme con ustedes y repito la frase que se dice en México, «mi casa es tu casa». Y es que, para todos los católicos, el Vaticano también es como su casa; es un lugar en el que los hijos de la Iglesia pueden encontrarse y alabar a Dios en familia. Es muy triste lo que estamos experimentando, cómo las guerras causan estragos en toda la familia humana, provocando sufrimiento y pobreza. Y esto nos hace perder el sentido de ser familia, de respetarnos y tolerarnos aún con nuestras diferencias y dificultades. La pelea está en primer lugar, y olvidamos que en una familia las cosas se arreglan con paciencia, con amor, dialogando, compartiendo los puntos de vista y las necesidades de cada uno, para ayudarnos entre todos. La cultura de nuestro tiempo está plagada de individualismo y de cerra-

zón. Y poco a poco vemos las consecuencias de nuestras conciencias adormecidas por la comodidad, que lleva a perder de vista a aquellos que están sufriendo o siendo descartados. Y sin querer vamos adquiriendo este movimiento de centrarnos sobre nosotros mismos, el famoso «yo», «me», «mi», «conmigo», «para mí». Yo, me, mi, conmigo, para mí; es un hábito que inconscientemente nos puede agarrar a todos. ¡Alerta!

Hace algunos meses le decía a un grupo de empresarios españoles que el emprendedor católico, para poder ser signo de la presencia de Dios en el mundo de la economía y del trabajo, tiene que cuidar la relación con el Señor. El capital más importante que podemos tener, es el capital espiritual. Cuando el Señor toca nuestros corazones, ampliamos nuestra mirada y somos capaces de ver a los necesitados, de cuidar la creación; somos capaces de poner en primer lugar el bien común, el «nosotros» propio de una familia, para dejar de lado la lógica mundana del «yo», del éxito, del dominio, del dinero, excluyendo a los demás. Cada uno de nosotros está llamado a contribuir para que en la sociedad haya cada vez más artesanos de paz y de una cultura del encuentro; y que en la Iglesia se multipliquen los constructores de una comunidad en la que todos, sin excepción, se sientan bien recibidos y amados por el Señor.



Y a propósito de cuidar la relación con Dios, sabemos que para realizarlo es necesario que haya buenos sacerdotes, pues ellos son los pastores del pueblo de Dios. Estoy contento al ver que ustedes aman la Iglesia y se preocupan de sus ministros. Es un derecho de los fieles que tengan sacerdotes bien formados, y que con alegría alimenten a la comunidad de creyentes con la Palabra y la Eucaristía; y también den testimonio de una vida entregada a los demás. Por esto yo los animo a ustedes a que recen por los sacerdotes, y que den gracias a Dios por los carismas con los que enriquecen a toda la familia eclesial, e intercedan por ellos en medio de tantas fatigas que tienen. Y asimismo, los invito a que sean cercanos a

ellos, los ayuden para que puedan centrar sus energías y su creatividad en el ejercicio de la pastoral.

Quisiera terminar estas palabras encomendándolos a la protección de Nuestra Señora de Guadalupe. Cuidenla así como es: sencilla, negra, y no dejen que nadie la ideologice. Así como es. Ella pidió que se le edificara una casa en la que todos sus hijos pudieran visitarla para depositar sus dolores y esperanzas. Por eso, la Basílica de Guadalupe es imagen de la Iglesia, acoge a todos sus hijos. Que Ella cuide de ustedes, de sus familias, los anime y acompañe en sus proyectos de bien. Que Dios los bendiga. Y, por favor, les pido que no se olviden de rezar por mí.